

UNA HISTORIA FELIZ

Oscar Mata / Facultad de Filosofía y Letras

*this world has lost its glory
let's start a brand new history.*
R.B. & M. Gibb

Nuestra historia principia algún año del último tercio del siglo veinte. Todo empezó en un país de la América Latina. Su iniciadora es una joven cuyo nombre se ha perdido en la historia. De ella sólo conservamos su idea, pues, como si fuera una palabra, el recuerdo de su cuerpo se fue perdiendo en las bocas de las gentes y en la memoria del tiempo. De ella sólo sabemos que un día se negó públicamente a pagar impuestos. Esto fue tan repentino y sorprendente que el mundo se resistía a creerlo. Ningún órgano informativo mencionó lo que realmente ocurría y así, en el silencio, sus palabras pudieron hacerse actos.

Pronto, infinidad de gente siguió el ejemplo de la muchacha. En fábricas y oficinas, obreros y empleados exigieron su salario íntegro y los patrones, obligados por las exigencias de sus trabajadores, suspendieron sus pagos al Estado. La presión de la gente obligó a los comerciantes a bajar sus precios por temor a saqueos. Los artículos de primera necesidad, y más aún los de lujo, costaron casi la mitad de su precio anterior y la gente, viendo el éxito de su rebeldía y las ventajas que les proporcionaba, decidió llevarla a sus últimas consecuencias. De la noche a la mañana, las oficinas gubernamentales fueron bloqueadas. A sus puertas, los antiguos contribuyentes apilaron sus boletas de impuestos y por la noche las quemaban. El fuego consumió comprobantes y órdenes de pago, actas de todos los tipos imaginables, notificaciones y citatorios. El hombre estaba en camino de dejar de ser un montón de papeles.

La noticia de estos sucesos, en un principio acallada por "órdenes superiores", al fin apareció en los diarios del país. La radio y la televisión suspendieron sus transmisiones normales. Miles de reporteros recorrían las ciudades entrevistando a sus moradores. El resultado de la investigación fue categórico: absolutamente todos apoyaban la iniciativa que pedía la desaparición del Estado. Es más, una inmensa mayoría de los entrevistados consideró que el gobierno era el mal que más daños había causado a la humanidad. Estudios posteriores demostraron que, además de dañina, era la más costosa. Teóricamente, decían, la humanidad pagaba a unos cuantos hombres para que la sirvieran gobernándola; las cosas cambiaban en la práctica ya que el mundo vivía y laboraba para sus respectivos Estados. Gracias a ellos el trabajo del hombre valía cada vez menos. El supuesto servicio no era más que una tiranía que asfixiaba a los pueblos.

La buena nueva recorrió el país y ya nadie pagó impuestos. Los burócratas abandonaron sus empleos. La gente prendió fuego a sus oficinas que rápidamente se consumieron debido a la enorme cantidad de papeles inútiles que albergaban. Muchos de los testigos que aún viven califican este hecho como el más feliz de su existencia.

De allí en adelante las cosas fueron más sencillas: uno a uno todos los pueblos de la tierra se unieron al movimiento y todos los Estados y los organismos internacionales pasaron al olvido. En un mes el mundo quedó sin gobierno. Muchos cronistas hablan de noches interminables en que la humanidad celebraba el fin de multas y dictaduras bailando a la luz de las fogatas. La quema de aquellos papeles marcaba el fin de su esclavitud.



Así se acabaron las fronteras y las aduanas. Nadie más considera extraños a sus semejantes y se acabaron los extranjeros. El mundo realmente comenzó a unirse, pues no se necesitaban visas ni pasaporte para viajar; ya no existían los gobiernos ni todas las complicaciones que ellos creaban. Las guerras terminaron automáticamente, ya que no había quien sostuviera los gastos bélicos. Por su parte, los soldados comprendieron que no tenían ninguna razón para pelear. Los ejércitos se desintegraron y el armamento corrió la suerte de sus padres, los papeles oficiales. Tan sólo algunos miles de soldados retornaron a sus países con armas. Ellos tenían la consigna de vigilar que el fin del poder de unos hombres sobre los demás fuera efectivo. Afortunadamente, la violencia no fue necesaria. El último acto de los gobiernos fue la repartición de su respectiva reserva monetaria entre los pobres de sus naciones. La miseria dejó de existir y el mundo adoptó una sola moneda: la humanidad comenzaba una nueva historia.

Actualmente las cosas no podrían estar mejor: ya no hay promesas políticas. Los hombres sólo trabajan cuatro días a la semana y todos tienen empleo. Su trabajo les rinde perfectamente, pues nadie tiene que mantener a un gobierno. Las grandes ciudades han desaparecido y nuestro aire es más puro que nunca. Las células atómicas de las bombas que las potencias creaban para amenazar a sus contrincantes son la base de nuestra economía. El átomo explota el mar, el desierto y el campo, y el hombre sólo recoge los beneficios. La gente vive más y mejor que antes. Las enfermedades psíquicas han desaparecido: el hombre sólo tiene que preocuparse por sí mismo. No hay clases sociales: cada ser humano vale por lo que es y no por la situación en que le tocó nacer. Nadie cuida de nadie. Hemos desechado a las policías y a los cuerpos de vigilancia; únicamente conservamos una ciudad semejante a las de antaño. Allí van las gentes a hacer penitencia. En ella escuchan las palabras muertas de las arengas políticas, sufren por la demagogia, pagan contribuciones por todo lo que hacen, y viven como antes hasta que se purifican y se consideran aptos para reincorporarse a sus semejantes.

Todo es autonomía en las nuevas generaciones que nunca han sabido lo que es la rutina. Nadie parece cansarse jamás; la única medida del hombre es su libertad. La ciencia ha alcanzado niveles insospechados. El arte y la cultura son promordiales en la vida de cada individuo. La gente viaja constantemente. Dichos viajes fortalecen la comunicación entre las personas y esto se traduce en una gran comprensión. Hemos conservado los idiomas con el fin de diferenciar a los hombres y dejarlos expresarse tal como son. Por ello persiste la idea de nacionalidad. Gracias a ella se encamina el espíritu de lucha humano: en vez de hospitales construimos estadios: las guerras han sido reemplazadas por innumerables eventos deportivos. Todos los hombres y las mujeres de la tierra participan en estas olimpiadas permanentes. Así la humanidad vive en perfecta armonía gracias al deporte, la ciencia, el arte y la cultura.

Ahora sólo esperamos que Adán le devuelva el mordisco a Eva y todo vuelva a ser como en un principio.

Avándaro-México, diciembre de 1970.